

momento el vigilante que estaba en el otro obús sintió que el enemigo se aproximaba, y dió la voz de alarma. Todo el mundo corrió á sus puestos, y el fuego se rompió. Dos tiros de metralla, acompañados de la fusilería, fueron suficientes para que el enemigo retrocediera dejando algunos muertos, entre ellos el joven Capitán Vega, de Querétaro. Restablecida la calma, volvimos á la faena de montar el obús.

Por el lado de la Merced se dejaban oír un vivo fuego de fusilería y algunos cañonazos. Era que el Gral. Ghilardi, por orden del Presidente, había ido á tomar aquel punto. Veamos como sucedió esto.

Al anoecer se presentó al Sr. Comonfort un hombre, probablemente enviado del enemigo, diciéndole que se podía fácilmente tomar la Merced, porque no había allí arriba de treinta hombres, casi todos borrachos y durmiendo; que no tenían vigilancia ninguna, y que él podría introducir tropas sin que fuesen sentidas. Preocupado Comonfort con este relato, ordenó al General Ghilardi fuera á tomar la Merced. El General le manifestó que no conocía el punto, pues nunca lo había visto ni tenía siquiera un plano de él: que creía más oportuno esperar que amaneciera para hacer un reconocimiento y después atacar.

Comonfort, que ya veía mal á Ghilardi, le dijo que ahí tenía toda su brigada y las tropas del General Moreno; que si no eran bastantes, le daría más: que respecto á reconocimiento del punto, que ahí le daba un guía para conducirlo, y que si aun así se encontraba dificultades, se lo manifestase, para ir él mismo á tomar la Merced. Ghilardi no contestó una palabra; pidió permiso para emprender el ataque, tomó los semibatallones Comonfort y Matamoros [éste de Moreno], un obús de montaña, y marchó á la Merced.

El General llevó pocas tropas, y de las peores, para no exponer á un fracaso los mejores batallones que servirían para un caso decisivo. ¡Tan convencido estaba de que iba á hacer un despropósito!

En la Merced reinaban un profundo silencio y una grande oscuridad. El paisano introdujo á las tropas á una casa, las hizo subir al primer piso, luego á la azotea, y de ahí, *con una escalera de mano, á la azotea del convento*. En seguida desapareció.

Es fácil comprender las dificultades de semejante asalto; pero después se hizo más crítica la situación. Fué menester pasar una azotehuela poniendo una viga á guisa de puente; pero cuando se hallaron otras interrupciones, ya no fué posible ir más adelante.

Hasta entonces habían permanecido tranquilos los del convento; pero cuando vieron á la tropa que no podía ir atrás ni adelante, le rompieron el fuego desde la torre y de los claustros, haciendo imposible el permanecer en tan cruel posición. Fué por lo tanto indispensable la retirada, la que se hizo con mil penas, no sin dejar sangrientos despojos en el campo. El General Ghilardi y el Sargento Villanueva que le acompañaba, fueron heridos. Esta nueva desdicha obligó á ordenar la retirada hasta San Javier, de donde habían salido estas tropas.

Conducían al General varios soldados en una camilla improvisada. Al pasar por el parapeto de Martik, dijo con voz lastimera; "*Artilleros, cumplid como hasta aquí con vuestro deber.*" [1]

Esta voz doliente y conocida que salía de entre las sombras, hizo correr hacia ella á los amigos del General. El creía que al día siguiente estaría á caballo; pero no pudo montar ni seis meses después. Conducido al hospital, sufrió operaciones dolorosísimas, sin que se pudiera conseguir extraer la bala.

En seguida fueron llegando calmadas y silenciosas las tropas que habían atacado la Merced. El Subteniente del Río, que fué con el obús, volvía con un artillero de menos.

El día trece no fué en nuestra línea tan fecundo en acontecimientos. El Coronel Dessi y el Capitán de Ar-

[1] Este suceso, que por equivocación hé puesto el día 12, no ocurrió sino el día 11.

tillería Constantini, trabajaron en acopiar materiales para los parapetos. Se subió un obús de 12° á la torre de San Marcos, y el capitán Martik dió al Subteniente Gris un obús de 15° por uno de á 12°. Estos cambios se hicieron con objeto de batir la Torre de San Agustín, que molestaba mucho con su fuego de rifle.

El Coronel Chavero, que mandaba la artillería de la línea contigua á nuestra derecha, estableció dos cañones de á 8 á la salida de Santiago, con el mismo objeto.

A medio día, ya no salía un solo tiro de la torre, que había recibido gran cantidad de proyectiles.

Cuando se calmaba el fuego, algunos soldados de Guadalajara saltaban los parapetos para ir á tirotear al enemigo, cerca de los suyos. El cabo de guías, Serrano, con arma á discrección, por en medio de la calle, marchó impávido hasta el foso del enemigo: éste, que creyó que se pasaba, dejó de tirarle; pero Serrano preparó su fusil, apuntó, y derribó á un hombre, al mismo tiempo que profería insultos. En el momento se cubrió de humo el parapeto, y Serrano volvió sin fusil y con cinco balas en el cuerpo. Conducido al hospital, fué amputado de un brazo.

Estos alardes de valor son muy comunes en nuestro ejército; pero no los creo de utilidad, porque si bien establecen cierto estímulo entre los soldados, también dan prueba de indisciplina y causan bajas sensibles é innecesarias. Además, que se ve con frecuencia que muchos de esos hombres que individualmente se lanzan á empresas temerarias, no son siempre los más firmes hallándose en formación y en lances críticos.

Como el anterior, el día catorce pasó sin suceso notable en la línea de San Javier. Un soldado del Sur se estuvo divirtiendo largo rato con pasear la banqueta al paso regular y con arma á discrección, entre nuestro parapeto y el del enemigo, y aunque llovían sobre de él las balas, ni le tocó ninguna, ni él se daba por entendido.

A las cinco de la tarde hubo suspensión de armas mientras iba un parlamentario á intimar rendición á la plaza. Cuando el parlamentario se retiró, una batería de

6 obuses de á 16°, situada en el barrio de Santiago, rompió el fuego sobre Puebla. Esta fué la señal para que se hiciera lo mismo en todas las líneas, como se verificó.

Como había anochecido, se percibían perfectamente las huellas de luz que dejaban las espoletas de las granadas, formando un tejido de mallas sobre la ciudad.

El enemigo contestó con dianas y repiques, que fueron calmando á proporción que el fuego se cerraba, hasta extinguirse completamente.

Con anticipación se había subido un obús de á 12° á la azotea de San Javier, siendo reemplazado por un cañón de á 8, que mandó el Coronel Chavero al parapeto del Subteniente Gris.

Repentinamente un vivo fuego de fusilería se dejó oír por la garita de México, difundiendo la alarma, pues se suponía que el enemigo había salido por la Merced, cuyo paso aun no se cerraba. Por fortuna no fué así. El destacamento de la garita, que se componía de tropas irregulares, al ver que se le acercaba una fuerza de guerrilleros, tomó las armas; y como aquellos no respondieron convenientemente, les rompió el fuego, que los otros contestaron, y no sin pena pudo cortarse aquel desorden que tal vez hubiera producido fatales consecuencias.

El cañoneo terminó entre once y doce de la noche. Las piezas del Capitán Martik incendiaron un espaldón de pacas que tenía el enemigo delante del portal de Hidalgo. Quedó después todo tranquilo: sólo el incendio del espaldón continuó iluminando la plaza de armas toda la noche.

Se mandó al hospital un artillero herido.

El día quince, aprovechando algunos ratos que desmayaba el fuego, se empleó la artillería en reparar el material, bastante maltratado ya, á cuyo efecto fué auxiliada con obreros, montajes y todo lo necesario, del Cuartel General.

En la tarde fué conducido al hospital el Cabo Domingo Ayala, herido de una pierna; después murió.

El día dieciséis no ocurrió nada notable en nuestra línea. Al entrar la noche, el General D. Joaquín Cas-

tro, que había sucedido al General Ghilardi, dispuso que se trasladaran los parapetos una cuadra á vanguardia. El Coronel Dessi y el Capitán Constantini dispusieron la operación.

El 14 de línea y el 1er. Ligero, mandaron destacamentos para el trabajo. Como la noche era clara, fué menester maniobrar con la mayor circunspección. Se fueron formando filas de pacas, unas tras otras, con el mayor silencio: cada paca era impulsada por un soldado con el arma á la espalda. Dada la señal de *arriba los brazos*, todas las pacas comenzaron á rodar á un tiempo. Si el enemigo creía percibir ruido, rompía un fuego vivísimo; pero entonces cesaba todo movimiento, y cada soldado se acostaba detrás de su paca. El enemigo, que pensaba haberse engañado, mirando que no le contestaban, suspendía el fuego, y las pacas volvían á rodar.

Mientras los artilleros construían sus parapetos, los Ingenieros fortificaban las nuevas casas que se habían ocupado. En menos de dos horas los parapetos estaban concluidos y los cañones colocados en ellos. Se bajaron de las alturas los obuses de á 12° y se prolongó la línea en esta forma: Por la izquierda en la calle del Rastro, los Subtenientes del Río y Flores con dos obuses de á 12°; en la del Hospicio el Subteniente Gris con un obús de á 15° y uno de á 12°; en la de Tecali, el Subteniente Aduna con un obús de á 15°; y por último, en Quintanilla, á la salida de la Plazuela de San Agustín, el Capitán Martik con un cañón de á 8 y un obús de á 12°. Se había pues, aumentado nuestra línea de ataque con dos parapetos más, á derecha é izquierda de la línea primitiva.

El Coronel Carreras, que ocupaba San Marcos, había trabajado sin descanso, horadando y comunicando toda la manzana, barricando balcones, ventanas y puertas, y pasando á la manzana inmediata hacia la plaza. Igual cosa se había hecho en el centro de la línea. Las demás líneas que rodeaban la parte fortificada de la ciudad, avanzaron también aquella noche siguiendo el mismo sistema que la nuestra.

El día diecisiete, cuando amaneció y el enemigo se apercibió de nuestro avance, lleno de despecho rompió un vivo fuego, que pronto fué reducido al silencio por la superioridad de nuestra artillería. Durante el día, probó varias veces fortuna con tan mal éxito como la primera.

La batería de la calle de Tecali arruinó parte del parapeto de San Agustín. El Teniente Salas y el Subteniente Aduna, que se turnaban, hicieron excelentes punterías.

Los frailes de San Agustín solían subir á las bóvedas y torre del convento, armados de rifles, para entusiasmar á los soldados, y en este día estuvieron molestando con su fuego. Pero el Coronel Carreras tenía colocados los mejores tiradores de guías, en diversos puntos, sin otro objeto que cazar á los frailes; y dieron tan buena cuenta de ellos, que no se volvieron á ver en las alturas.

En la noche, el Teniente Coronel Acosta, de Guadalajara, provisto de una botella de aguarrás y de una caja de fósforos, atravesó la Plazuela de San Agustín, llegó á la puerta falsa del convento, le prendió fuego, y se retiró en seguida. Esto dió lugar á un tiroteo que duró toda la noche, entre el enemigo que quería apagar el incendio y nuestra gente que no lo consentía.

El día dieciocho fué más fecundo en acontecimientos. Uno de ellos tiene tal carácter de originalidad, que no debe pasarse por alto. El enemigo, como de costumbre, saludó bien temprano nuestra línea, pero como siempre, tuvo que ceder. Había, pues, cesado el fuego, y todo estaba en calma. El Subteniente Aduna tenía apuntado su obús á la cañonera contraria. Repentinamente el enemigo dispara un cañonazo, rebota la granada en el suelo, salta por encima del parapeto, y va á reventar sobre el campo del fogón de la pieza; se inflama el estopín, comunica el fuego á la carga, y se dispara de este modo raro la boca de fuego, enviando al enemigo una granada que aquel recibió casi al mismo tiempo de mandar la suya.

Es probable que aglomerada la gente en la cañonera, por ver el efecto de su tiro, la sorprendiera el nuestro.

haciendo algunas desgracias, porque de aquel parapeto no volvió á salir un disparo en todo el día.

En San Marcos ocurrieron cosas más serias. Habiendo hecho fuego toda la mañana, el parapeto se había inflamado interiormente, y no se hubo de notar el fuego hasta en la tarde, que se desarrolló de una manera formidable, subiendo las llamas hasta cerca de las azoteas. Acudieron violentamente á apagarlo los artilleros y los infantes de Guadalajara. El Coronel Dessi, con su conocida actividad, y el Subteniente Gris, trabajaban igualmente sin extinguir el terrible elemento.

El enemigo, aprovechando la ocasión, rompió un fuego vivo que aumentó la crisis y causó algunas desgracias. El artillero Crescencio Alcántara, mi antiguo asistente, soldado viejo que hizo la campaña de los Americanos, recibió una bala de cañón en la cabeza, que lo dejó absolutamente sin ella, y el artillero Antonio Hernández fué conducido herido al hospital, muriendo en seguida.

A pesar de hallarse en circunstancias tan angustiadas, los artilleros no perdieron un momento su sangre fría, y se hicieron dignos de admiración, distinguiéndose José María Dosamantes, que en tales emergencias siempre estaba de pié sobre el parapeto y también por la parte exterior, recibiendo cubos de agua y arrojándola donde más necesario era. Cuando llegó la noche, se pudo, al fin, extinguir el fuego y reformar el parapeto.

La guerrilla de Guerrero, de quien me he olvidado, maniobraba con entera libertad haciendo barbaridades que á veces le costaban caro: sus hombres fueron los primeros que entraron al Fuerte de Loreto cuando el enemigo lo abandonó, aunque sabían que estaba minado: cortaron la salchicha de la Garita del Pulque que también tenía mina, y esparcidos á su placer por las líneas, hostilizaban sin cesar al enemigo. Sabedores de que la música de un batallón enemigo estaba en una casa de la calle de Cholula, entre ambas líneas, se propusieron ir á sacarla, volviendo provistos de bombo, chinesco, serpen-

tones etc.; pero esta audacia les costó el capitán de la escolta del General Ghilardi, que quedó allí muerto.

El día diecinueve, mientras en varios puntos de la línea se combatía como de costumbre, los soldados de Guadalajara, que ocupaban la Plaza de Toros, habían dispuesto una magnífica función: mientras unos en el circo fingían de toros, picadores, chulos etc. otros, en las gradas, parodiaban al público, con gritos, palmadas, silvidos y dicharachos.

Los soldados de guías que ocupaban el Teatro del Progreso, no queriendo ser menos que sus compañeros, representaban *D. Juan Tenorio*. El foro estaba lindamente exornado: tenía de palacio, de bosque, de cárcel ¡quién sabe de que más! Todos los monstruos de las comedias de magia estaban en el fondo formados en bata la. El destacamento, que ocupaba las lunetas, aplaudía frenéticamente á los que representaban. De vez en cuando pasaba zumbando una granada sobre el techo del teatro, pero ni quien le hiciera caso.

En la noche se nombraron cuatro pelotones del 14 de línea y del 1er. ligero, con objeto de que saliendo fuera de la línea, se avanzaran cuanto pudiesen, y guarecidos de las puertas, tiroteasen á los parapetos enemigos; relevándose de dos en dos horas para que durase la función hasta la diana. Así se verificó en toda la contravalsación, y eran de oír los diálogos divertidos que entablaban los combatientes.

Mientras esto pasaba, un grupo de Oficiales, tomando por su cuenta el piano de una casa que ocupaba la tropa, tocaba y cantaba. Otro grupo menos afortunado se había instalado sobre un carro de municiones, y acompañándose con una guitarra, cantaba la "*Vida de Juan Soldado*," pieza enteramente nacional y cuya tradición creo que se ha perdido. Todos estos hechos manifiestan el excelente espíritu que reinaba en las tropas del Gobierno y dan una idea del carácter de nuestros soldados.

Día veinte. La orden del día anterior previno que los días jueves y viernes santos no se hiciese fuego aun

cuando lo verificase el enemigo, á menos que no intentase apoderarse de algún punto. Cuando se divulgó la noticia, los vecinos salieron confiados de sus casas, y los que vivían entre las líneas, á los balcones, y por todas partes se veían grupos de Oficiales ó soldados; pero el enemigo, de improviso, pensando aprovechar algún tiro de rifle, no tenía embarazo en dispararlo. Los grupos se disolvían entonces; pero luego volvían á reunirse, y se repetía sin cesar la misma escena.

En la noche, los de la plaza quisieron auxiliar á los que ocupaban el convento de la Merced que se hallaban casi rodeados; pero después de vanos esfuerzos, tuvieron que retirarse con pérdidas. El General Castro mandó el 14 de línea hacia la Merced, por si era necesario.

El día veintiuno se pasó como el anterior. Los que ocupaban la Merced estaban completamente rodeados, y á la media noche fueron atacados con nuevo vigor por los del Sur. Mirando éstos que no podían vencer su resistencia, pusieron fuego al convento, con lo que los defensores tuvieron que rendirse. Estos eran todos Oficiales de la que el enemigo llamó "*Legión de honor*," y que sufrió tanto en Ocotlán.

Después de la rendición se extinguió el fuego y se subió á la torre un obús de á 12°.

El día veintidós á las diez de la mañana debía de romperse el fuego de cañón en todas las líneas. En la del Carmen se colocó una batería de morteros que habían sido traídos de Veracruz, y se trabajaba en el cerro de Loreto para colocar otra en la noche, pero habiendo el enemigo pedido parlamento, no tuvo aquella disposición verificativo.

Las conferencias se prolongaron todo el día y hasta la madrugada siguiente, en que se firmó la capitulación.

En la mañana del día veintitrés se ocupó la plaza. Por un momento vencidos y vencedores se confundieron formando grupos. Los amigos se abrazaban felicitándose de encontrarse vivos. Después se deploraban las pérdidas de parientes, de amigos, de Oficiales de mérito, que eran la esperanza de la República. En aquel

instante se olvidaban los odios de partido, que ya habían tomado gran desarrollo. Pero después de aquella efusión de amistad, se levantaron más terribles, y fueron sin cesar creciendo, hasta tomar aquel carácter de ferocidad que tuvo lugar en las luchas eternas del partido conservador con el partido liberal.

El día veinticuatro fué de aseo y descanso para las tropas. Los Oficiales invadieron los baños, las fondas y los hoteles, y se limpiaron, comieron y durmieron á satisfacción, después de un mes de constante fatiga.

El día veinticinco hizo el Presidente su entrada triunfal á la cabeza de doce mil hombres, perfectamente armados, equipados y vestidos, con cuarenta piezas de artillería.

Desde el siguiente día comenzaron á salir por distintos rumbos los Oficiales prisioneros que fueron destinados al servicio militar en clase de soldados. La tropa, como de costumbre, fué refundida en los cuerpos, y después de dejar á Puebla bien guarnecida, salió el ejército para la Capital de la República, donde el Presidente hizo su entrada en medio del regocijo público.

Al hacer estos apuntes, me he limitado únicamente á la parte que tomó en esta campaña la brigada Ghilardi, á que tuve la honra de pertenecer como Comandante de artillería, pues no me era posible recoger datos de las operaciones de todo el ejército, porque ni tenía tiempo para ello, ni podía dejar de incurrir en mil errores asentando sucesos que no podía ver. El que esto llegue á leer, sabrá apreciar el valor de algunas indicaciones que ligeramente he apuntado, por no tener datos positivos para hacer formales acusaciones. Sí parece positivo que en el ejército de Comonfort tenía inteligencias el enemigo y que varias personas importantes se hallaban con él comprometidas.

Los reaccionarios salieron de Puebla confiados en esto, y parece probarlo su conducta en Ocotlán, donde llegaron excitando á las tropas á pasarse con ellos, después de haberse suspendido el fuego, y mataron al General Avalos que arengaba al batallón de Guanajuato

que estaba en la iglesia y que se llevaron al retirarse.

Entre otros casos, se refirió que un Oficial de artillería había escrito á D. Miguel Miramón que su batería dispararía de modo que no ofendiera las tropas que atacaran por donde él estuviera. Años después D. Sabino Flores, Ex-Gobernador de Querétaro y ayudante en la batalla de Ocotlán, del General Doblado, recordando aquellos acontecimientos, me refirió que cierto Oficial no pudo hacer una sola puntería á la columna que subía el cerro, y que ésta tomó sin dificultad la batería. Al hacer mención de este suceso no indicó el Sr. Flores tener noticias sobre los rumores que acerca de aquel Oficial corrieron. Como la conversación referida tuvo lugar dos años después y giraba sobre generalidades relativas á la batalla y no al Oficial en cuestión, de quien se habló por incidente, el dicho del Sr. Flores, testigo presencial, y los rumores anteriores, dan vehementes sospechas de culpabilidad contra el aludido.

Por lo demás, en la guerra que siguió después, se vieron por desgracia hechos semejantes. El ejército que creía defender su causa, tuvo el desacierto de desprestigiarse, obrando de este modo.

Como llevamos visto, la brigada Ghilardi tuvo un comportamiento digno. Sus artilleros, sobre todo, se condujeron con una bizarría á toda prueba, sobrellevando con la mayor paciencia el rudo trabajo que les tocó, pues como no había reservas, desde el día 11 de Marzo, que ocuparon la línea, hasta el 23 que se rindió la plaza, no se separaron, ni de día ni de noche, un sólo instante de sus piezas, estando todo este tiempo al frente del enemigo y casi siempre combatiendo.

En los partes que dieron los Generales Parrodi y Moreno del ataque al cerro de San Juan, no hablan una palabra de la Brigada Móvil que en los últimos momentos entró en línea con las tropas que ellos mandaban, y cuya presencia decidió al enemigo á abandonar el cerro de San Juan. Como el General Ghilardi estuvo mucho tiempo en cama, tampoco dió parte de las operaciones

de su brigada, ni desmintió algunos acertos del parte general y del General Moreno.

Sin la lealtad, energía y actividad del General Ghilardi, no es aventurado asegurar que acaso la revolución que comenzó, en Zacapoaxtla hubiera llegado triunfante á la Capital de la República. Además, el General venía desde Acapulco con Comonfort; concurrió á la toma de Zapotlán y permaneció siempre al lado de aquel caudillo, prestándole un apoyo eficaz hasta su exaltación á la Presidencia. Empero, Comonfort lo sacrificó á sus enemigos, y dándole tres ó cuatro mil pesos, lo hizo salir de la República.

Como la Historia es la única vengadora de las víctimas, yo consigno estos hechos en favor del General Ghilardi, á quien debí estimación, amistad y protección que no he debido á la mayor parte de mis compatriotas.

D. Luis Ghilardi volvió á la República á combatir contra la intervención, sostuvo la honra de nuestro pabellón en Acapulco, se halló en el sitio de Puebla; y hecho prisionero después por los franceses, fué bárbaramente fusilado. (1)

Los que tuvieron la honra de militar á sus órdenes, lo mismo la tropa que los Oficiales, conservaron siempre veneración y cariño para su General.

Sacado de mis Apuntes de Campaña. México, Julio de 1871. (2)

(1) Cuando conducían al patíbulo al General, llevaban su ataúd por delante de él y una música á su retaguardia.

(2) Si se confrontan estos apuntes con los partes publicados, se notaran diferencias chocantes. Esto consiste en que á los que los dieron, es convenia desfigurar los hechos.

NOTA.—En el parte general dado por el Jefe de Estado mayor, sobre las operaciones practicadas sobre Puebla, se halla el de Comandante General de artillería D. Ramón Iglesias, en el que constan los Comandantes de artillería de las Brigadas y Divisiones.